

Los intelectuales y la utopía (diálogo con mi sombra)	Titulo
Sastre, Alfonso - Autor/a	Autor(es)
La Batalla de los Intelectuales	En:
Buenos Aires	Lugar
CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales	Editorial/Editor
2005	Fecha
	Colección
historia; comunismo; ideologias politicas; filosofia;	Temas
Capítulo de Libro	Tipo de documento
http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/se/20100604035522/5_sastre.pdf	URL
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.0 Genérica http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO
<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)
Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)
www.clacso.edu.ar



Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
 Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
 Latin American Council of Social Sciences



Sastre, Alfonso. Los intelectuales y la utopía (diálogo con mi sombra). En publicación: La Batalla de los Intelectuales Alfonso Sastre CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina. Mayo. 2005. pp 37-82 ISBN: 987-1183-17-8

LOS INTELECTUALES Y LA UTOPIÍA

(DIÁLOGO CON MI SOMBRA)

Acceso al texto completo:

<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/sastre/37-82%20Los%20intelectuales%20y%20I.pdf>

Fuente: Red de Bibliotecas Virtuales de Ciencias Sociales de América Latina y el Caribe de la red CLACSO - <http://www.clacso.org.ar/biblioteca>

La sombra.– Hace mucho tiempo que no te oigo hablar; ahora te ofrezco la ocasión para que rompas ese silencio tuyo.

El viajero.– ¿Quién habla ahí? ¿Dónde es? Es como si me oyera hablar a mí mismo, sólo que con una voz más débil que la mía.

La sombra.– ¿No te alegras de tener una ocasión de hablar?

El viajero.– Sí, pero...

El viajero y su sombra
Friedrich Nietzsche

La sombra.– Hace mucho tiempo que no te oigo hablar; ahora te ofrezco la ocasión para que rompas ese silencio tuyo.

Sastre.– ¿Quién habla ahí? ¿Dónde es? Es como si me oyera hablar a mí mismo, pero con una voz más débil que la mía.

La sombra.– ¿No te alegras de tener una ocasión de hablar?

Sastre.— Sí, pero no estoy muy animado a hacerlo. ¿Para qué hablar?
¿A quién?

La sombra.— Para aclarar algunas cosas. ¿A quién? A los lectores de una colección de panfletos.

Sastre.— ¿Qué colección es esa? ¿Qué lectores tiene?

La sombra.— Algunos tendrá, puesto que existe.

Sastre.— Bueno, es igual. Siempre he escrito sin saber para quién, suponiendo la posibilidad de que alguien llegara a leer lo que yo escribía. El silencio me ha acompañado siempre y no por eso yo he dejado de escribir. Ahora mismo estoy trabajando —escribiendo, claro— sobre la Utopía, para nadie y para nada. Como una especie de testamento político e intelectual. O sea, para el futuro y para que no se pierda del todo mi pensamiento, si es que a mis cuatro ideas (¡más bien, a mis cuatro dudas!) se les puede otorgar esa calidad: la de ser *un pensamiento*.

La sombra.— La idea que yo he tenido, como tu sombra que soy, es la de que escribieras —la de que escribiéramos— *sobre los intelectuales* en el día de hoy, cuando, después de la caída de la casa Usher...

Sastre.— ¿A qué te refieres con eso? Es el título de un relato de Edgar Allan Poe. ¿Y qué más?

La sombra.— Tú lo llamaste así.

Sastre.— ¿A qué? No lo recuerdo ahora.

La sombra.— Llamaste así a la caída del “socialismo real” en la URSS y en las “Democracias Populares”. Nosotros sabíamos que la casa tenía una grieta seria, pero no que podía caerse toda de la noche a la mañana. Y se cayó.

Sastre.— Bien caída está, por cierto.

La sombra.— ¿Así dices? ¿No te da vergüenza?

Sastre.— Ya he llorado bastante. La verdad es que la casa del “socialismo real” estaba tan mal construida que no valía la pena poner más esperanzas en esa edificación. Por eso se ha disuelto como un azucarillo. Si no, ¿de qué?

La sombra.— Pero nosotros somos comunistas y nos afirmamos como tales. ¿O no?

Sastre.— O comunismo o barbarie; así lo pienso yo.

La sombra.— Así lo pensamos. El Nuevo Orden Mundial es la barbarie. Es el talón de hierro que Jack London profetizara a principios del siglo XX.

Sastre.— Así es, desde luego. *El talón de hierro*, aquella novela profética.

La sombra.— Una barbarie apadrinada hoy, además de por la *intelligentsia* de siempre, por una multitud de intelectuales, que se han desplazado desde la izquierda (más o menos izquierda) a la derecha con todos sus bagajes, como lo hicieron aquellos ridículos maoístas franceses de mayo del ‘68, luego “nuevos filósofos” y ahora decididos apóstoles de la derecha más rancia. Casos equivalentes a otros muchos como lo fueron, en su momento, los de Ramiro de Maeztu, del anarquismo a la mística de la Hispanidad; o el de Ramón Gómez de la Serna, que acabó haciendo greguerías para el diario falangista *Arriba*; o el de Azorín, que llamó “camarada director” al de este diario, y terminó una carta (que nosotros leímos) con un rotundo ¡Arriba España!; o el del filósofo Ortega y Gasset, que cuando volvió a Madrid en los años cuarenta dio una conferencia en el Ateneo (ocupado como todo por el Régimen), en la que dijo, para empezar, que “por fin España tenía suerte”, refiriéndose al franquismo, naturalmente; o, en otras áreas, el de André Malraux, que, de combatiente republicano en España, pasó a ser ministro del General De Gaulle; o el de Orwell, también combatiente en

la guerra de España, cuya obra fue manejada posteriormente por la CIA, con su previo consentimiento; y como el de otros muchos intelectuales de la izquierda revolucionaria, tal que Julián Gorkin, luego al servicio del Imperio Americano. Muchos de estos casos quedan documentados en el excelente libro de Frances Stonor Saunders *La CIA y la guerra fría cultural* (Editorial Debate, Madrid, 2001). Más próximos nos son otros casos, como el de Jorge Semprún, alto dirigente comunista y estalinista notorio en su juventud, y después ministro en un gobierno del socialdemócrata Felipe González; o tan curiosos como el de Fernando Savater, que se decía anarquista y hoy está, sonriente, en las filas de la derecha más patriótica y cañí. Por no hablar de otros comunistas españoles del PC o de “Bandera Roja” o del Frente de Liberación Popular (FLP), luego funcionarios de la derecha, y colegas ideológicos del fascista Fraga Iribarne. Sobre los comunistas y sus formas de convertirse en apologistas del capitalismo –con más o menos reservas de matiz–, es inapreciable el recuerdo del libro del excelente profesor Isaac Deutscher *Herejes y renegados*, en el que se ve cómo muchos de aquellos estalinistas de otro tiempo se convirtieron en “estalinistas al revés”; de modo que si habían sido comunistas sectarios, se convirtieron en anticomunistas igualmente sectarios. Junto a estos “herejes y renegados”, se alzan como dignos cultivadores del arte y de la literatura, y leales a su ideología y a su responsabilidad política, intelectuales de la derecha de siempre, como Claudel o Borges, grandes escritores, e incluso grandes escritores fascistas y racistas, tales que Louis-Ferdinand Céline, o Ezra Pound, acaso repelentes personajes, pero indiscutibles maestros. ¿Cómo no quitarnos la gorra, admirativamente, ante libros como el *Voyage au bout de la nuit* de Louis-Ferdinand Céline? ¿O ante la literatura de Jorge Luis Borges? ¿O ante la obra filosófica de Martin Heidegger? Otro asunto diferente es el

de los intelectuales de izquierda que renegaron de su pensamiento y de su compromiso político libremente asumido, por miedo ante la adversidad de las circunstancias y los riesgos que esas circunstancias entrañaban. Recordemos como ejemplo elocuente de esto aquel *Tiempo de canallas* (Lillian Hellman), de la “caza de brujas”, en los Estados Unidos, cuando escritores y artistas de izquierda –como Clifford Odets, en el teatro– se rebajaron incluso hasta ejercer el papel de colaboradores de aquel Tribunal contra las “Actividades Antinorteamericanas”. El mismo Bertolt Brecht negó su pensamiento ante aquel aparato, de un modo que puede recordar las negaciones de San Pedro en los evangelios de Jesús. ¿Marxista él? No, él pasaba por allí. Entonces –dice Hellman, cuyo compañero en la vida, Dashiell Hammett, sin jactancias ni manifiestos anteriores ni posteriores, sí estuvo a la altura de aquellas circunstancias, y sufrió prisión por ello– “innumerables vidas fueron arruinadas, y pocas voces se levantaron en su defensa”. Tiempo de canallas, en el que, por cierto, hoy seguimos.

El caso es que los intelectuales y los artistas han mantenido ante el poder político, a lo largo de la historia, comportamientos de toda índole, desde la insurrección que conduce a la muerte propia (como el poeta José Martí) a la servidumbre “áulica”, a la manera –a modo de ejemplo– del norteamericano Arthur Schlesinger en los EE.UU. Nosotros intentamos recordar algunos casos en una serie periodística, bajo el título *De imaginaria*, pero los editores parecieron aburrirse de ella, y tuvimos que suspenderla. (Antonio Machado le cambiaba su pluma por la pistola al general Líster; pero, en la otra banda, Leni Riefenstahl se ponía al servicio del nacionalsocialismo. Hoy se ha podido hablar críticamente –en este tiempo de eclecticismo posmoderno– de “la indecente rehabilitación de Leni Riefenstahl”, etcétera. Trabajos de amor perdidos. Oscar Panizza, B. Traven y otros

muchos figuraban en aquella galería frustrada de intelectuales y artistas).

Sobre este tema de la función de los intelectuales, es memorable el libro de Chomsky *El poder americano y los nuevos mandarines*, que él dedicó, en 1969, “a los valerosos jóvenes que se niegan a servir en una guerra criminal”, y que en español apareció en Ediciones Ariel, 1969, con el título *La responsabilidad de los intelectuales*.

Sastre.— En ese libro, y ahora quiero intervenir yo mismo, para no quedar convertido en la sombra de mi sombra, Chomsky denunciaba el comportamiento de la mayoría de los intelectuales ante la guerra de Vietnam. “La guerra —escribió en la introducción de lo que, en realidad, es una colección de ensayos— es simplemente una obscenidad, un acto depravado realizado por hombres débiles y miserables, incluyéndonos a nosotros mismos, que hemos dejado que siguiera con infinita furia y destrucción; todos nosotros, que habríamos permanecido en silencio si se hubiera asegurado la estabilidad y el orden”. “Creo —siguió casi en seguida— que es la primera vez en la historia que una nación ha exhibido tan abierta y públicamente sus propios crímenes de guerra”. Se había producido al fin un movimiento contra la guerra pero motivado, según Chomsky, por lo costosa que resultaba y no por las razones que hubieran debido promover ese rechazo entre los intelectuales. “Difícilmente puede ser elevado el principio de que debemos aflojar las garras cuando la víctima sangra demasiado”, concluye. (“Prohibido sangrar”, comentaba en un artículo, con amarga ironía, Santiago Alba Rico, después de un reciente viaje a Iraq, ese país cotidianamente mártir desde las inolvidables fechas de la llamada Guerra del Golfo).

La sombra.— Para Chomsky, en aquellos ensayos, los intelectuales son “una minoría privilegiada”, cuyas responsabilidades, por

ello, “son mucho más profundas” que las que se atribuyen a “los pueblos”. “La responsabilidad de los intelectuales –define sencillamente– consiste en decir la verdad y en denunciar la mentira”. Y Schlesinger, por ejemplo, a quien antes hemos citado, mentía con gran desvergüenza, y se quedaba tan contento porque lo hacía en defensa de su país: su mentira era... patriótica. Pero su caso era lo de menos. “Que un hombre se considere muy feliz por mentir en beneficio de una causa que sabe injusta –explicaba Chomsky– no tiene especial interés; lo significativo es que estos hechos (en aquel momento se trataba de un desembarco militar en la cubana Bahía de Cochinos) susciten tan escasa respuesta por parte de la comunidad intelectual; por ejemplo, que nadie haya considerado extraño que se ofrezca una cátedra importante de humanidades a un historiador que considera deber suyo convencer al mundo de que la invasión patrocinada por los americanos de un país vecino en realidad no es tal invasión”. Chomsky cita con elogio al senador Fullbright, que en un artículo se había referido a lo deseable que era que en las universidades norteamericanas se creara “un contrapeso” al “complejo militar-industrial”, mientras que, en la realidad, “en vez de ello, (las universidades) se han unido a ese bloque, aumentando enormemente su poder y su influencia”. Los científicos sociales “se habían convertido, en lugar de ser críticos responsables del Gobierno, en los agentes de esta política”.

Sastre.— Recuerdo aquellos ensayos. En ellos se salvaba eso que hemos llamado, de un modo un tanto enfático, “el honor de los intelectuales”, *mediante la crítica de su comportamiento*. La línea posterior de Chomsky se ha enriquecido con continuas y valiosísimas aportaciones a la crítica del imperialismo norteamericano, y en esa vía brillan hoy nombres como los de Howard Zinn, Michael Parenti o James Petras, que en un artículo reciente ha hecho una durísima crítica del comportamiento de los intelec-

tuales (no sólo de los norteamericanos) ante los recientes episodios bélicos y terroristas promovidos y ejecutados por los Estados Unidos y sus serviles aliados, en la ex Yugoslavia; y en Afganistán después del 11 de septiembre del año pasado. Este artículo de James Petras –“Los intelectuales y la guerra”– puede leerse en español en el número 19 de la colección “Sediciones”, de la Editorial Hiru, Hondarribia, 2002. La línea de los intelectuales norteamericanos radicales y progresistas no se ha interrumpido nunca, por cierto; y se remonta por lo menos hasta figuras tan destacadas en la historia de la literatura como Mark Twain o Jack London, cuya denuncia de lo que él llamó el talón de hierro es memorable, y nosotros la hemos recordado al principio de este diálogo, y ya había sido recordada en el pasado por grandes intelectuales, como Anatole France y Leon Trotski.

La sombra.– ¡Los intelectuales! ¡Ahí es nada! ¿No te da un poco de miedo tratar un tema como ese?

Sastre.– El miedo no es mi fuerte, y tú, querida sombra, deberías saberlo después de tantos años acompañándome. Hablando ahora de un tiempo anterior, no sé si te acordarás de que nosotros publicamos, a finales de los años sesenta del siglo pasado, un libro sobre los intelectuales españoles de la época, que no versaba precisamente sobre los intelectuales y los escritores y artistas del franquismo, que los hubo, como Gonzalo Torrente Ballester o Pedro Laín Entralgo, sino sobre *nosotros mismos*, quienes estábamos, más o menos, *contra la dictadura y por el socialismo*. No será malo recordar, como ilustración documental del tema de la relación entre los intelectuales españoles y el fascismo, el documentadísimo libro del profesor Julio Rodríguez Puértolas *Literatura fascista española*, en Akal, Madrid, 1986. En cuanto a nuestro librito *La revolución y la crítica de la cultura*, produjo en su día no poco escándalo, y fueron varios nuestros colegas que montaron en cólera, y lo expresaron en artículos.

La sombra.— Entonces vimos que la vida cultural antifranquista no prometía mucho para el futuro. Revelamos la existencia de un comisariado secreto, que dictaminaba sobre el valor de los escritores, haciendo caso omiso de su valía propiamente literaria. La crítica de la cultura que se hacía en la izquierda se basaba en postulados hiperpolíticos, o bien aparecía como radicalmente estética, “obedeciendo al sistema con las formas de la rebelión”, como había dicho T. W. Adorno en un trabajo sobre *La crítica de la cultura y la sociedad*.

Sastre.— Eso es muy cierto. Por lo demás, la mayor parte de los intelectuales, de los escritores y de los artistas, durante aquellos años, se inhibían de la lucha antifranquista. Luego se ha magnificado la “resistencia intelectual contra el franquismo”, como en otro momento se hizo con la resistencia francesa contra los nazis. Ciertamente, la historia se ha escrito falseando los hechos. Entonces, en Madrid no éramos mucho más de media docena quienes nos movíamos muy activamente en el corazón de aquel horno y andábamos, bajo el imperio de la censura, con nuestra obra rota, visitantes forzosos y frecuentes de los siniestros despachos de la policía y de las celdas de las cárceles. ¿Cuánto nos costó, por ejemplo, que el profesor Aranguren suscribiera un documento contra las torturas en Asturias? ¿Qué difícil fue obtener aquellas firmas! ¡Y cuántos valerosos *autores* de aquellos documentos han surgido... después de la dictadura!

La sombra.— El honor de los intelectuales —como hemos dicho, tomando esa expresión enfática de los franceses de entonces— lo salvaban algunos, verdaderamente ilustres, como lo fue José Bergamín, un gran maestro.

Sastre.— Cuyo recuerdo es, ciertamente, un *a modo de nepente* para nuestro melancólico espíritu de hoy.

La sombra.— (vuelve a recordar y exclama) ¡Querido, admirado Bergamín! Pero también: ¡Admirable Pere Quart (Joan Oliver)! ¡Queridísimo Blas de Otero!

Sastre.— Bergamín siempre estuvo del lado de la utopía, y eso queda de él, junto a su excelente obra, por muy discutible que fuera su acrítica fidelidad al PCE en un momento grave y confuso de la guerra civil, cuyo dramatismo tan bien reflejó Ken Loach en su film *Tierra y Libertad*.

La sombra.— Es que hay que andarse con mucho cuidado en este asunto de las utopías. ¿No te parece? La utopía, sí, pero no cualquier utopía de la justicia social, ni de cualquier manera. Eso lo estamos pensando en el libro que escribíamos ahora y que seguiremos escribiendo cuando terminemos este opúsculo; en él estamos viendo que tantas utopías se trocaron en distopías, malos sueños, horrores y monstruos de la disciplina y de la organización regimentada, y ello hasta provocar en el pensamiento que nace en las universidades tesis reaccionarias como la del destino necesariamente maldito (regimentación social, pérdida de la alegría de la vida) de las utopías, como pretenden Laplantine y otros publicistas de una derecha civilizada, o de un estalinismo converso; en eso estábamos. Por lo demás, es preciso partir de que la de utopía es una noción reivindicable sólo si la recuperamos tanto del campo de lo distópico, ahora recordado, como de los territorios de la mera fantasía que relegan la utopía a “lo imposible”, a lo metafísicamente imposible. Utopía es para nosotros —¿o no?— lo que *no hay*... todavía, y sería deseable que lo hubiera, y es posible que llegue a haberlo, por medio de una práctica revolucionaria de la imaginación dialéctica, y a pesar de las ideologías reaccionarias. Tengamos en cuenta que la jornada de las ocho horas, para el capitalismo, era imposible, y sólo nuncio de grandes catástrofes y casi casi del final del mundo. ¿Vamos a seguir trabajando en ello? ¿En tu libro? ¿En nuestro libro?

Sastre.— Desde luego.

La sombra.— Por lo menos, yo te acompañaré.

Sastre.— Como es tu obligación; pero no sólo eso. (*Recogiendo las velas del discurso*) ¿Sabes qué estoy pensando a propósito de las utopías? Que es interesado y cavernícola el desdén actual hacia las utopías, a las que se recluye, ya en los ensueños de Fourier, ya en “el universo concentracionario de un Gulag inhabitable”, porque eso sirve —les sirve— como justificación moral y poética a esos —¡tantos!— intelectuales que se han pasado a la derecha, si es que alguna vez estuvieron en la izquierda, y ahora se dicen, sin pizca de vergüenza, portadores de un pensamiento débil, ¡y tanto que lo es!, como purga aceptada de su antiguo dogmatismo. Así, cualquier pensamiento “fuerte” —cualquier pensamiento propiamente dicho— les parece sectario y entonces, en definitiva, abominan de pensar. Asumen, con todo ello, los papeles de intelectuales áulicos, cortesanos, orgánicos, situados, por lo demás, no en las altas moradas de los palacios —salvo algunos, privilegiados— sino con la servidumbre, en los arrabales del poder económico y político, en su condición de humillados sacerdotes del pensamiento único; lo que parece ser el destino propio de eso que se llama la *intelligentsia*, y así lo ha dicho en alguna ocasión, o más bien en muchas ocasiones, nuestro ya citado y recitado Noam Chomsky, que es, hoy, una de las pocas luces que hay en nuestro camino; así como en otros tiempos hubo Jean Paul Sartre y Bertrand Russell o, más próximo a nosotros, el admirable Peter Weiss. El Tribunal Russell contra los crímenes de guerra en Vietnam fue uno de aquellos resplandores. En este momento, ay sombra mía, qué oscura está la noche. Qué poco se ve. Qué mal se ve, a pesar de las luces que encienden el siempre citado Chomsky, o James Petras, o Michael Parenti, o Michel Collon, o —en el campo del periodis-

mo— gentes como Gilles Perrault, o —en el de la sociología— maestros como Pierre Bourdieu. Y hay más, hay más.

(Sastre ha cerrado los ojos. Su sombra decide continuar así:)

La sombra.— Siempre han sido los intelectuales una piedra de escándalo, empezando porque no es fácil definir este oficio. Sin embargo, Julien Benda tenía su idea de ellos cuando escribió *La trahison des clercs*, apuntando, en contra de lo que hoy haría yo, a aquellos intelectuales que, según él, enajenaban su obra al compromiso político. O también Goebbels sabía en quiénes pensaba cuando decía que cuando oía esa palabra echaba mano a la cartuchera de su pistola. ¿Para nosotros, querido hermano, qué son y qué deberían hacer los intelectuales? Porque también es peligroso —aunque no lo parezca tanto como la pistola de Goebbels— que nos digan, como Lenin nos dijo, que los intelectuales deben estar *en el Partido*.

Sastre.— No sé, pero para empezar es preciso reconocer que nuestro puesto en la sociedad está en el que los sociólogos llaman el “sector servicios”. Gentes, pues, ajenas al mundo de la producción, de la industria y de la agricultura; al mundo de los constructores de automóviles y los productores de naranjas o de berenjenas. Gentes emparentadas, pues, socialmente, con las cuidadoras de los retretes públicos, y con los barrenderos, los vendedores de caramelos, los médicos de cabecera y los conductores de los autobuses municipales. Ese es nuestro lugar en la sociedad, amiga mía, inseparable compañera.

La sombra.— Y a mucha honra, como suele decirse. Los camareros del espíritu, los barrenderos del alma, los aviadores de la inteligencia.

Sastre.— Nosotros hacemos los artículos y las novelas que se leen bajo la sombrilla del estío; los espectáculos que se ven; las risas que se hacen en la comedia y las reflexiones patéticas de la tragedia; las músicas del concierto que escuchan inmóviles esos *seres*

sentados que son el público; los cursos y las conferencias de las universidades y los demás centros culturales. Etcétera.

La sombra.— ¿Eso quiere decir que nosotros trabajamos para el ocio de los demás? ¿Que nos ocupamos de la desocupación de los demás y tratamos de ocupar esa desocupación?

Sastre.— No tal, o, al menos, no tan así; y hasta creo que en eso reside una de las diferencias que hay entre los escritores de ficciones y los artistas por un lado, y los intelectuales propiamente dichos por otro. Dicho a la buena de Dios, los artistas al ocio, y los intelectuales a la universidad y al laboratorio.

La sombra.— Pero también hay los intelectuales que *además* son artistas, y viceversa. ¿Y los dedicamos al ocio o los metemos en la universidad o en el laboratorio?

Sastre.— Los dedicamos a ser artistas del Renacimiento (Leonardo), *rara avis in terra* en el mundo de hoy.

La sombra.— ¿Y no habría que caminar en ese sentido?

Sastre.— ¿Hacia el Renacimiento? Sí, sí: hacia un nuevo Renacimiento; pero de momento hemos de contentarnos con que algunos científicos tengan veleidades literarias, y algunos artistas veleidades científicas. Desde luego, la realidad es tan compleja que se resiste a ser simplificada. ¡Así pues, nunca simplifiquemos!

La sombra.— No hemos simplificado en este caso, o, si acaso, hemos matizado a tiempo. Y, en realidad, basta con describir lo que pasa y enseguida todo se entiende bien; y lo que pasa es que, efectivamente, un estudiante es un trabajador no asalariado —al contrario, *pagante*, si no disfruta de una beca— y no un desocupado que va a las aulas a distraer sus ocios: una persona, en fin, ocupada en su formación —en el proyecto de su futura ocupación laboral en otros sectores o en el mismo (la enseñanza)—; así pues, ha quedado claro, después de estas reflexiones

sobre lo obvio, que o los profesores no son intelectuales (lo que me parece un disparate) o los intelectuales no se ocupan, al menos únicamente, del ocio de los demás, como a mí me había parecido entender que tú decías hace un momento.

Sastre.— Mantengamos, pues, lo del ocio para los escritores y los artistas, aunque también valga para los conferenciantes informales que pueblan el mundo de las convocatorias en los centros culturales sin proyección académica, allá donde mucha gente va a pasar el rato o poco más. La investigación y la enseñanza son *otra cosa*, ciertamente: serias instituciones, situadas —eso sí que vale— en el sector servicios: el de la investigación de la realidad —vía científica o filosófica— y la transmisión de los saberes (enseñanza, pedagogía).

La sombra.— ¡Así quedan las cosas claras o, por lo menos, medio claras, si no es mucho pretender!

Sastre.— En fin, podemos partir de la noción de trabajo bajo el capitalismo; trabajo, enajenación. Nosotros trataríamos entonces de recuperar al ser humano de esa enajenación forzada que es el trabajo asalariado. Si a esa recuperación la llamamos ocupación del ocio social, entonces valdría esa expresión, pues lo que se llamó el “ocio noble” no es sino una forma de trabajo (trabajo libre, liberado), un desarrollo del espíritu. Aunque tampoco habrá que olvidarse de la existencia de un arte y una literatura “comerciales”, entendidos para la mera diversión —*le divertissement* pascaliano, la banalización de la realidad— de las gentes; arte y literatura que no hacen sino insistir y profundizar en la enajenación de sus clientes. Es el arte de consumo; es la fabricación de *best sellers*; y son los artistas y los intelectuales que trabajan *para el sistema*, para perpetuarlo, a sabiendas o no. Por cierto que, fuera del arte y de la literatura, muchos llamados filósofos, y ahora gran parte de sociólogos, “psicólogos”, y no digamos psiquiatras,

trabajan para eso. Así se configura un mundo social-cultural en el que acaba resultando que creer que hay uranio empobrecido en los cielos y las tierras de Serbia, de Kosovo, de Iraq, como efecto de una guerra de agresión norteamericana, por mucho que ello sea cierto, resulta ser *una enfermedad* que padecemos –¿un delirio?–, y consecuentemente se acude a curarla: para que el paciente se dé cuenta, por fin, de que no hay tal guerra y que incluso vivimos en el mejor de los mundos posibles, bajo el imperio del humanitarismo más sensible y delicado. El enfermo ve sangre *pero no hay sangre*; el enfermo ve unos seres fantasmales tras las alambradas de la base norteamericana de Guantánamo (Cuba), *pero no hay tal cosa*. El ministro español de Asuntos Exteriores –¿un antiguo comunista?– dice que él no sabe nada al respecto. Los militares de aquella base nos dicen que aquellos presos, en realidad, están gozando de unas deliciosas vacaciones en el Caribe, como nunca hubieran podido soñar. Por su parte, los estudios de Hollywood ya están trabajando con sus artistas y sus guionistas para producir una realidad virtual que nos oculte aquellos y otros horrores. Los mejores guionistas, los mejores directores, los mejores actores trabajarán en esa magna empresa. Y quien no lo haga será, por lo menos, incluido en una lista de sospechosos de colaborar con el terrorismo.

La sombra.– Sólo sobrevivirán, tan ricamente, los intelectuales y artistas mercenarios, al servicio del Poder.

Sastre.– Tal es la cosa; pero la situación no es así de clara en general. La *intelligentsia* trabaja como una Corte que no lo fuera; sus miembros aparecen públicamente como muy celosos de su independencia y de su libertad; y en realidad es que generalmente coinciden su libertad y la ideología del Poder. El salario lo reciben por circuitos indirectos y no de modo directo de los fondos de reptiles, aunque en algunos casos, sí. Nombres yo no voy a

dar aquí. Algunos porque no los sé. Otros porque no me atrevo; es peligroso.

La sombra.— Hay casos conocidos, como el de Camilo José Cela, que se ofreció como confidente policíaco durante los primeros años de la gran represión franquista.

Sastre.— Y que luego tuvo todos los honores, y hasta fue coronado con un suntuoso Premio Nobel.

La sombra.— (*pensativa*) Esa de los premios literarios es otra cuestión. En realidad, los premios literarios y artísticos son siempre injustos, porque raramente hay “un escritor” o “un artista” que sea mejor que todos los demás, y porque la crítica de la literatura no es una ciencia. ¿Por qué? Porque sus dictámenes no son verificables, dado que los juicios estéticos, como es sabido desde Kant, se producen en el plano de la sensibilidad, y no de la razón. Por lo demás, Cela era un gran calígrafo, y merecía cualquier premio literario, *aunque nada más*.

Sastre.— Cualquier premio literario que no tuviera entre sus presupuestos un objetivo ético, humanista y pacífico.

La sombra.— Ciertamente. Es una historia complicada la de ese premio. Tengamos en cuenta que no les fue concedido a escritores como Valle Inclán y Jorge Luis Borges. Y que lo obtuvieron gentes como...

Sastre.— Dejemos, dejemos eso. (*Pausa*) Yo me estoy preguntando qué pasa hoy en España en el plano de la cultura. Sobre los premios, ya se sabe; es una feria sin contenido cultural. Pero en términos generales, ¿qué está pasando?

La sombra.— En términos generales, la vida cultural vive a caballo entre una presunta ley del mercado (corregida por un régimen de oligopolio mediático, a medias público y privado), y el control directamente político de la vida cultural, que se hace por medio de la administración interesada de los fondos públicos. En ese

marco funcionan hoy las mafias o cuadras de la cultura, que ocupan sus periódicos, sus editoriales, sus radios, sus televisiones...

Sastre.— Se ha institucionalizado aquel comisariado secreto que nosotros revelábamos en nuestro libro *La revolución y la crítica de la cultura*. Para los escritores, el sistema incluye todo el circuito, desde la edición de los libros hasta la recepción gloriosa por parte de unos “críticos” que pertenecen a la misma plantilla (quiero decir pandilla), y unas emisoras que, como quien no quiere la cosa, se ocuparán de promocionar esos libros y de silenciar todos los demás. El sistema es transparente y no se oculta; y desde él se persigue —y no sólo con el silencio— a los escritores, digamos, sediciosos.

La sombra.— ¡Ah! Es verdad eso, en algún caso. Por ejemplo, podemos recordar aquel artículo de Vicente Molina-Foix, que algún lector consideró digno de figurar en una Historia Universal de la Infamia. ¿Lo recordamos?

Sastre.— Sí.

La sombra.— Aquí está. *El País*, 22 de julio de 1997. Título: “Caza de brujas vasca”. He aquí un pasaje relevante, a modo de muestra: “Aislar al asesino y a sus cómplices parece ser el punto sobre el que nos hemos puesto de acuerdo mayoritariamente, y se ha escrito más de una vez la palabra *apestado*. La propuesta —tan moralmente irreprochable— de no comprar en comercios cuyos propietarios dan con su voto la munición del crimen, como la de no participar públicamente en los actos donde acudan dirigentes de Herri Batasuna, tendría, a mi modo de ver, una extensión factible en el campo de la cultura: la peste que despidе, por ejemplo, un escritor-cómplice como Alfonso Sastre debería llevar a apartarse de él en coloquios y antologías, así como a negarle los premios, subvenciones y homenajes institucionales que tanto se le han prodigado con su farisaica aquiescencia”. Entonces es

cuando *escribimos* aquel drama tan divertido, todavía inédito, que se titula, si mal no recuerdo, *Alfonso Sastre se suicida*.

Sastre.— Así es; y, cuando se publique, llevará un prólogo, en el que se precisa mi postura en cuanto a “la cuestión vasca”, en estos términos, que aquí anticipo a modo de primicia: “Por lo que se refiere a la ciudadanía vasca actual, a la que pertenezco sin mengua de mi fidelidad y mi amor (crítico) al Madrid de mi alma, conozco a muchos vascos que no *son* españoles, pues que no se reconocen como tales, sino que *lo están*: ‘están españoles’, porque se ven bajo una fuerza que los obliga a ello. Esta es una verdad innegable, y, en cuanto a mí mismo, que no soy, naturalmente, un ‘nacionalista vasco’, tampoco soy un ‘nacionalista español’, lo cual, para algunos de mis críticos, me hace digno poco menos que de la hoguera”. Y termino así: “Mi postura es sencilla, y se reduce a considerar que todos los ciudadanos vascos, lo mismo que sus homólogos catalanes y gallegos, que *están* pero no *son* españoles, deben ser protegidos en cuanto a todos sus derechos por una Constitución Española reformada”.

La sombra.— Qué ideología tan sediciosa tenemos. Qué peste tan maloliente despedimos. Qué terroristas más peligrosos somos.

Sastre.— (*ríe*) Qué irónica estás, querida sombra mía. ¿Y no te ríes a veces con aquello que nos ocurrió con una periodista de *El País* (naturalmente)?

La sombra.— La periodista Aurora Inchausti nos hizo la puñeta, ya. Menos mal que el *ombudsman* de aquel periódico trató de remediar los desperfectos que nos produjo su ignorancia o su mala fe o ambas capacidades juntas. El *ombudsman*, Jesús de la Serna, a quien hemos de agradecer su intervención, lo contó en el diario (13 de septiembre de 1992), y refirió que la crónica de Inchausti sobre el estreno de nuestro drama *El viaje infinito de Sancho Panza*, en el Teatro Victoria Eugenia de Donostia, había apare-

cido bajo el título “Sancho Panza habla a favor de ETA en el nuevo estreno de Alfonso Sastre”. “La información –lo contó Jesús de la Serna– daba cuenta de que en un momento de la obra, *cuando Don Quijote ha bajado al centro de la Tierra y Sancho Panza le pide que salga, uno de los motivos que le da para que desista de su postura es por la trinidad de la ETA*. La explicación de esta frase –seguida Inchausti, en el relato del *ombudsman*– se encuentra en la detención de los tres jefes de ETA –Francisco Múgica Garmendia (Pakito), José Luis Álvarez Santacristina (Txelis), y José María Arregui Erostarbe (Fitti)– el pasado mes de marzo en Bidart (Francia)”. Fue una catástrofe para la gira de la compañía. En realidad, la frase era una cita literal del Quijote: Sancho despide a su señor a voces, al borde de la Cueva de Montesinos: “¡Dios te guíe y la Peña de Francia, junto con la Trinidad de Gaeta, flor, nata y espuma de los caballeros andantes! ¡Allá vas, valentón del mundo, corazón de acero, brazos de bronce!”. “Era Gaeta y no ETA”, explicó el *ombudsman* del periódico, Jesús de la Serna, tratando de remediar los daños causados por aquella plumífera. Gaeta era, como se sabe, en el golfo de Nápoles, el lugar de un santuario, que sin duda gozaba de grandes devociones entre los navegantes del siglo XVI, y Cervantes hizo que Sancho Panza exclamara esta invocación. Yo tomé estas y otras citas del *Quijote*, obra a la que amo sobre todas las otras en la historia mundial de la literatura. Lo que pasó entonces ¿es de reír? ¿Es de llorar?

Sastre.– A estas alturas de la historia, es de reír, sin duda. Pero entonces fue una cabronada más, que descargó su tormenta sobre nuestra agobiada vida, y nos causó serios daños profesionales y nuevos peligros.

La sombra.– Lo pasamos mal, pero en fin. Sigamos, sigamos. ¿Por dónde íbamos? Ah, sí, estábamos pensando en la vida cultural española de hoy; y no sería mala cosa que nos fijáramos un

momento en ese fenómeno extraordinario que son las llamadas *tertulias*, una institución española que tiene sus más lejanas raíces en el siglo XVIII, y en los “salones” del XIX, y en las llamadas “casas de conversación” (los cafés) de aquellos tiempos; y que durante el siglo XX han sido el espacio de relación social, no sólo de los escritores, los artistas y los políticos, sino también de las gentes de clase media que encontraban en los cafés un espacio no comprometido –un lugar abierto a todo aquel que pueda pagarse un café, pero también controlable por los contertulios–, adecuado para las conversaciones libres, lúdicas, sobre los hechos y los problemas de cada día que pasa. En cuanto a las tertulias radiofónicas y televisivas españolas de hoy, ¿qué pensamos nosotros de ellas, descartando, pues, aquellas de la posguerra en los cafés? Limitándonos, decimos, a las actuales que se celebran cotidianamente en las cadenas de radio y de televisión.

Sastre.— ¡Oh, estas tertulias! Son otra nota de la misma canción, en la degradada cultura española de hoy, que no ha dejado de ser una cultura pobre, de traductores, e ignorada por todo el mundo, y que además ha terminado entregada a este mecanismo mercantil que impone las modas desde los centros europeos y americanos del poder. En realidad, sólo las tertulias tienen un aire particular, propio.

La sombra.— Un aire particularmente imbécil. ¿No?

Sastre.— Las tertulias en las cadenas de radio y de TV son, en general, desfiles de cretinos, ciertamente, glosando el título de aquella novela de C. M. Kornbluth, mejor dicho, la traducción del título al español (Ediciones Vértice, Galaxia, Barcelona, 1964), pues el título inglés es *The marching morons*, o sea, la marcha –o el marchar– de “los retrasados mentales”. Valga como una metáfora para referirnos a las tertulias radiofónicas de la SER, de la COPE, de RNE, de Onda Cero, y televisivas. (Aquí en Euskal

Herría [País Vasco] hay algún oasis, que es de agradecer, como Radio Popular y Radio Euskadi, a cuyos locutores y en cuyas tertulias ¡se oye hablar razonablemente!, lo que no es poco).

Precisamente en Radio Euskadi hay un programa, llamado *Cocidito madrileño*, con música de Pepe Blanco, en el que se da cuenta de la ensalada de articulados rebuznillos que son, por ejemplo, las opiniones sobre el País Vasco de algunos periodistas que expresan su gran ignorancia o su inagotable mala fe, y en cualquier caso su extremado reaccionarismo, día tras día, en una u otra de las cadenas que acabo de mencionar. Hay, por ejemplo, ultras *enragés*, enfermos de patriotismo español, casi convulsivos cuando se refieren a Euskadi.

La sombra.— En ese marco, flotan sin embargo algunas gentes honestas, sensibles e inteligentes, que sobreviven como pueden en ese medio, supongo que con dificultades.

Sastre.— Antes de abandonar el tema de las tertulias, déjame decir aún que ellas evidencian lo peligroso que puede ser un micrófono en las manos de un cretino, cuando el tal cretino goza de total impunidad. También, recordar que sobre este tema de las tertulias se han hecho ya algunos estudios, y que por lo menos hay dos que ya han dado en el clavo de este curioso fenómeno de intrepidez de la ignorancia, a saber: una tesis doctoral —creo que no publicada— y un breve libro sobre la misma materia, ambos del joven profesor Gotzon Toral, de la Universidad del País Vasco (UPV), que concedió una interesante entrevista al diario *Euskadi Información* en 1998. En esta describió el “panorama informativo” de los últimos años diciendo que, en él, “frente a un mínimo de información veraz y contrastada se prima un máximo de opinión desafortada”. Es el ámbito de esas tertulias, cuya dinámica obedece a unas “leyes de gravedad del género”: la improvisación, el pensamiento rápido, el hablar sin pensar, etcé-

tera, etcétera. Nada tienen que ver estas tertulias –“rifirrafes verbales, guirigáis, espectáculos, potpourris de rumores, simplificaciones de la realidad hasta convertirla en una mala caricatura de sí misma, especulaciones y chismorreos”– con los debates intelectuales, que son aquellos actos de alta calidad dialéctica, en los que se producen “contrastes de opiniones razonadas”. Esta calidad dialéctica se da, sin embargo, pienso yo, en algunas contadas tertulias. También lo piensa sin duda el profesor Toral, pues distingue unas de otras: “las hay –dice– más abiertas y más estrechas, más ingeniosas y más apocalípticas”, refiriendo él su investigación “a los modelos más extremos del género”. ¡Que es lo que también hemos hecho nosotros! Toral trae a colación un término curioso –*psitacismo* (de “psittacus”, papagayo, cotorra)– que él descubrió por casualidad (nos dice) en un libro de Macías Picabea publicado en 1898. Este Picabea definía el término *psitacismo* como “síndrome morboso de la idiocia”, y lo encontraba en las Cortes y en el periodismo español de la época. “¿Qué son en su mayor parte sino cotorrería pura?”. “Cien años después –concluye Toral en su entrevista–, en plena era de la información, las aguas del casticismo más turbio emergen con fuerza en estas tertulias”. “Casticismo más turbio”, que es, en fin, la sustancia de estos repelentes y avergonzantes *cociditos madrileños* (así definidos por Javier Vizcaíno en su programa mencionado de Radio Euskadi), y que son la mayor parte de estas tertulias, madrileñas, aunque su alcance sea extramatritense, general, por el sistema de conexión de las cadenas.

La sombra.– Dicho está. Y ahora, ¿te parece que abordemos un par de temas candentes de la política y de la cultura, y que digamos cómo suelen ser vistos estos temas por los intelectuales del pensamiento único y/o débil, y cómo disentimos nosotros de esa unificación homogeneizadora?

Sastre.— Vamos a ello, sin pizca de miedo, a ser posible, y que Dios nos ampare.

La sombra.— El primero es el del “terrorismo” y la “violencia”. Estamos viendo cómo y con qué constancia y virulencia la mayor parte de los intelectuales y de los artistas españoles condenan “la violencia terrorista” de ETA. El que tú y algún otro no lo hagáis, como Jesús Ibáñez no lo hizo (y lo explicó) en su momento, te hace sospechoso de estar a favor de esa violencia.

Sastre.— Vamos a ver, yo respondo que no suscribo esos papeles en los que se condena la “violencia terrorista” en Euskadi, por varias razones, a saber: 1) porque quienes los suscriben no lo hacen para condenar la violencia y el terror policíacos y, sobre todo, la tortura; 2) porque no me gusta verme en la compañía de tantos cretinos y renegados que hacen su “buena conciencia” con tan poco gasto social y humano —una firmita en un papel “condenando toda violencia, venga de donde venga”, y ya está; 3) porque es un tema sobre el que me he manifestado muchas veces a lo largo de mi obra literaria, dramática y de pensamiento; 4) porque el hecho de que se mantenga en la sociedad una franja de pensamiento y de comportamiento ético como esta (no participar en ese juego de los humanistas mercantiles al servicio del Poder), en la que yo me sitúo, puede facilitar en el futuro nuestra intervención en un deseable proceso de paz. Muchas veces he dicho que yo estoy contra la “pacificación” de Euskadi —recuerdo, claro está, los horrores de la *pacificación* norteamericana en Vietnam, o la francesa en Argelia—, y sí por la paz, ¡por la paz!, para la que me he ofrecido y me ofrezco a colaborar como señora de la limpieza en la habitación en la que se celebraran las conversaciones a tal fin.

Por eso mismo, veo deseable que desde aquella Herri Batasuna de nuestro próximo pasado a la Batasuna de hoy, pasando por

Euskal Herritarrok, no hayan “condenado” ni “condenen” ese tipo de acciones, por muy en desacuerdo que estén (o que estuvieran, en su caso) con ellas; y esto como cierta garantía –o, mejor dicho, como una garantía cierta– del mantenimiento de *un espacio político relativamente autónomo*; espacio que desaparecería como por ensalmo en el mismo momento de esa “condena”, quedando ya Batasuna integrada, de hecho, en una de las dos partes enfrentadas con las armas (policíacas de un lado, subversivas de otro), e inutilizada a efectos de un proceso de paz. Por eso, ¡por eso!, la desaparición de Batasuna, ya por causa de su ilegalización, ya por otra circunstancia, sería una malísima noticia. ¿Por qué? Porque en ese vacío político habría de sonar entonces, desnudo, sin más y sin salida, el estruendo de la violencia y de la muerte. En ese sentido, Batasuna es una esperanza –¿la única?– para la paz en este país. Y 5), y quizás la principal razón: porque yo pertenezco al oficio de Eurípides, y no al de la Policía, ni al de los Jueces, ni al del Sacerdocio Religioso, ni al del Moralismo Universitario: ¡mucho ojo, pues, con los catedráticos de ética! ¡A veces son terribles!

La sombra.– ¡El oficio de Eurípides! Es justo lo que dices –lo que decimos– de que nosotros no pertenecemos a la estirpe de los jueces, que absuelven o condenan, sino a la de los dramaturgos, que tratan de comprender, o al menos entender, los conflictos, por graves y hasta sangrientos que sean. Pero también es cierto que nosotros mismos rechazamos (y no sólo a título personal, sino también en nuestra obra poética) prácticas como la de la tortura policíaca o el militarismo y el terrorismo de Estado. ¿Qué tiene esto que ver con el oficio de Eurípides? ¿Pero es que se puede llevar ese oficio hasta el límite de cegar las fuentes de nuestra indignación ante determinados hechos?

Sastre.– Es muy cierto que no. Nosotros hemos rechazado siempre la tortura y todos los horrores del capitalismo, y ello en nues-

tra vida social y en nuestra obra literaria, narrativa, dramática y lírica.

La sombra.— ¿Entonces? ¿No nos borra ello de una presunta pureza dramática? ¿Traicionamos a un personaje como Creonte —por ejemplo, como Rey, como Poder— al hacerlo así? Jean Anouilh, en su *Antígona*, dejó hablar a Creonte; no lo condenó como opresor de Antígona, a pesar de que el resultado del drama pudiera entenderse como una cierta justificación de la ocupación alemana de Francia.

Sastre.— Para mí, Eurípides, pues hemos dado en simbolizar el talante dramático en este nombre, no es un argumento para dejar de rechazar sin ambages determinadas prácticas, y no comporta una patente de neutralidad, de modo alguno.

La sombra.— ¿Y entre esas prácticas no se encuentra la violencia venga de donde venga?

Sastre.— Precisamente, no. Pensar es distinguir, y de ningún modo meter una serie de objetos, por muy parecidos que sean, en un mismo saco.

La sombra.— ¿Qué prácticas rechazamos entonces nosotros? ¿Dónde está la frontera? ¿Cuál es la diferencia? ¿Por qué?

Sastre.— La diferencia es nítida, y pone a un lado las violencias de los estados opresores y al otro las violencias revolucionarias; a un lado, las violencias de los ricos, de los fuertes, y al otro las de los pobres, de los débiles; que corresponden a la diferencia clásica entre violencias agresivas y violencias defensivas, doctrina que legitimaba el tiranicidio y la defensa violenta (*legítima defensa*) de las personas y las cosas. Nosotros no llegamos a tanto, y simplemente, a estos efectos, nos recogemos en nuestro Eurípides y en nuestras angustias y preocupaciones sobre la *violencia revolucionaria*. La práctica policíaca de la tortura tiene un lugar privilegiado entre nuestros rechazos, desde luego, y el terrorismo

entre nuestros temas más delicados. Sobre todo esto, hemos escrito muchas veces. Digamos, en fin, que el terrorismo no ha merecido, entre los intelectuales españoles, una gran atención, ni filosófica ni poética (ni siquiera política). Tampoco la tortura policíaca, que se ha vivido en general con culpable indiferencia. En ese sentido, la literatura española ha vivido, después de la hiperpolitización de algunos de aquellos escritores (tampoco deseable) durante el franquismo –con desdoro, generalmente, de la calidad literaria–, el triunfo de los “calígrafos” sobre aquellos “contenidistas” (son términos de una polémica italiana, que se produjo en vida de Gramsci), dos posiciones igualmente erróneas, como digo. El caso es que los escritores, definitivamente, *pasan olímpicamente* de estos temas, lo que no sé si es peor que caer en la tentación moral de las buenas intenciones sociales, con mengua de la calidad poética.

La sombra.– Nosotros hemos intentado siempre acceder a ese punto en el que la poesía y la ética política coinciden, y esos grandes temas han sido abordados por nosotros con ese doble talante ético-poético. ¡Esa es la verdad!

Sastre.– De ese modo abordamos, ya en 1949, el tema del “terrorismo”, y luego hemos insistido tanto en él como en el de la tortura; y esto tanto en la literatura como en el teatro; y asimismo en nuestra vida social y política. Por cierto, que en algún momento de tantos, yo dije algo que muy bien se puede recordar hoy, y que siempre viene a cuento cuando oímos las opiniones bienpensantes “contra el terrorismo”; y es que se llama terrorismo a la guerra de los débiles, y guerra –y hasta “guerra limpia”– al terrorismo de los fuertes. ¿Qué te parece?

La sombra.– Obvio, maestro, obvio. Y nosotros lo dijimos otra vez en nuestro artículo que tú escribiste (y yo contigo) mientras se estaban derrumbando las Torres Gemelas de Nueva York y una

parte sustanciosa del Pentágono, aquel 11 de septiembre del año pasado. ¿Lo reproducimos en este momento?

Sastre.— No es mala idea. Vaya, pues.

La sombra.— Se publicó al día siguiente en el diario vasco *Gara*, y helo aquí:

ALGO TERRIBLE PERO NADA NUEVO

Este ataque militar (porque su envergadura indica una organización militar) a los Estados Unidos, sean quienes sean sus autores, y siendo una operación literalmente *horrible*, que arrojará seguramente cientos o millares de víctimas civiles, no es, sin embargo, más horrible que los ataques que los Estados Unidos y sus aliados realizan como modos habituales de su política internacional: se bombardean las ciudades, y se hacen víctimas civiles, y se apuntan como “daños colaterales” todos los horrores producidos por acciones que se reivindicán como militares y “antiterroristas”. Las casas se derrumban, los hospitales y las escuelas reciben las cargas explosivas, las gentes mueren en una atmósfera de horror. Recuérdense Hiroshima y Nagasaki.

Igual que esta tarde, tan horrible como tantas otras, está ocurriendo, por primera vez en Estados Unidos, mil veces ha ocurrido en otros lugares, y sigue ocurriendo, por ejemplo, en Iraq, cada día que pasa, sin que nada se mueva para protestar por ese horror. Como está ocurriendo —¿desde cuándo?, ¿hasta cuándo?— en Palestina, donde las piedras de la intifada reciben cada día la respuesta de grandes bombardeos “militares”, y centenares de muertos.

Es terrible que las cosas sucedan así. Es terrible que, según parece, no puedan suceder de otra manera; pero la verdad es que no se puede seguir manteniendo en el mundo la doble idea, cínica e hipócrita, de llamar terrorismo a las guerras de los débiles, y

guerras –y hasta guerras limpias– al terrorismo de los fuertes. En realidad, todas las guerras son terroristas.

En este caso parece que los débiles han mostrado una terrible fuerza, y pienso que en una gran parte del mundo, la siempre oprimida y sometida a todo tipo de miserias y vejaciones, se pueden estar celebrando en estos momentos los horrores de esta tarde como una expresión de Némesis o de venganza, de un terrible equilibrio del horror.

¿Y qué va a pasar ahora? Produce pavor pensarlo; y uno añora desde hace tiempo (cuando ha visto que las piedras eran respondidas con acciones acorazadas), aquellos felices tiempos de la Ley del Talión, cuando tan sólo se cobraba un ojo por cada ojo que se reventaba, y un diente por cada diente que se rompía. Nosotros, hoy como ayer, escritores, artistas, intelectuales, desde nuestra terrible impotencia, sólo podemos seguir clamando por la paz, que es lo mismo que clamar por la justicia frente a las imposiciones de los poderosos. ¡Que haya paz entre los pueblos!, es nuestro profundo clamor.

11 de septiembre de 2001

Sastre.— Horror y terrible y horrible son palabras que se repiten demasiado a lo largo del texto. Tendríamos que corregir eso.

La sombra.— No se corrige la verdad; déjalo así. Así fue.

Sastre.— ¡Así fue; es verdad! ¡Es un acontecimiento y no una rosa! ¡Un puñetazo y no un poema! Sigamos, pues. ¿O acabamos ya aquí?

La sombra.— No, no. Ahora nos queda el otro tema; el del “nacionalismo”, desde un punto de vista teórico. Teniendo en cuenta que los intelectuales españoles de hoy, aun los que no lo saben,

son altamente patriotas, y se mantienen en posiciones teóricas análogas a las que mantuvieron José Antonio Primo de Rivera y sus ardientes falangistas, la tuya –tu posición– en Euskal Herria –ciudadano vasco y votante de Herri Batasuna– ha sido mal considerada, y acaso por eso, sastrecillo, gozas desde hace años de un dorado ostracismo. ¿Hay algo que decir sobre eso?

Sastre.– Creo que sí, vamos a ver. (*Pensativo*) Ciertamente... Los intelectuales del pensamiento único... ejem, ejem... son *antina-cionalistas* y *cosmopolitas*... y les parece anacrónico y torpe el que alguien sea, hoy en día, *un patriota*. ¿Es así?

La sombra.– Es así. ¿Y nosotros?

Sastre.– Nosotros no lo somos, ni de la españolidad ni de la euskaldunidad. Pero sí entendemos y apostamos por el patriotismo de las pequeñas naciones que desean autogobernarse. Para nosotros, para ti y para mí, el peor enemigo de la vida es la homogeneidad. La cultura es una actividad que se opone a que nuestra realidad se convierta en una sopa entrópica. La entropía significa el desorden que es la base de la muerte. La entropía significa –¡es!– la muerte. El cosmopolitismo es una apuesta por la desaparición de los pueblos y de las naciones y de las lenguas, y eso es, ni más ni menos, la muerte. El pensamiento único y el lenguaje único sólo producen ridículos espantajos, equivalentes, *a contrariis*, a los del casticismo sainetero, a los del pintoresquismo. Nosotros hemos abominado siempre tanto del casticismo como del cosmopolitismo, y tanto del pintoresquismo como del Estado Único Mundial, que aparece en algunas distopías famosas. La lengua única, el pensamiento único, son homenajes al esperanto y a la cocacola, a la plañitud –al encefalograma plano– propia de la idiotez.

La sombra.– Pero vamos a ver si lo que dices, si lo que decimos, es que *todo lo único es malo* o negativo o como queramos decirlo.

Sastre.– Así parece.

La sombra.— ¿Allá donde no hay diferencias aparece la muerte? ¿O incluso la falta de tensiones, de niveles, de oposiciones, *es la muerte*? Pero entonces, ¿adónde vamos con la clase única, o sea, con la “sociedad sin clases” de la utopía comunista? ¿No sería definitivamente el final de la dialéctica y, por tanto, el final de la historia? ¿Habría que refugiarse en las diferencias culturales, nacionales, para salvar la vida de la especie humana contra la entropía? Pero, no habiendo clases, ¿habría, sin embargo, naciones? ¿No se hundirían las diferencias culturales y nacionales con la desaparición de las clases? La desaparición de las clases, ¿no sería una gran catástrofe? ¿Y no es por eso por lo que nosotros, en la cuestión de las naciones, apostamos por las diferencias y su reconocimiento político? Y, siendo así, ¿cómo es que, en la cuestión de las clases, apostamos por su desaparición, o sea, “por una sociedad sin clases”? ¿No sería, pues, mortal que las clases desaparecieran? ¿No sería, por lo menos, muy aburrido? ¿No sería, en fin, una utopía distópica? ¿No será verdad, como siempre han afirmado los anticomunistas, que el comunismo *es la muerte*? Pues, ¿qué diferencia hay o puede haber entre una sociedad sin clases y una sopa entrópica? ¿Pero qué pasa aquí? ¿Es que nosotros defendemos todas las diferencias *menos las de clase*?

Sastre.— Aventuro yo que nosotros apostamos —como comunistas— por las diferencias culturales —popular/nacionales—, ideológicas, y contra las económicas. ¡Ni más ni menos! Contra las clases, precisamente para que ello haga posible que florezcan mil flores, y mil lenguas, y mil cocinas, y mil formas de vestir, etcétera. Querida sombra, el comunismo como proyecto, o es una carga enorme de antientropía —de entropía negativa—, de liberación, o no es nada. En todo caso, en el comunismo, o surgirán nuevas y muy potentes contradicciones —que yo imagino espirituales y metafísicas y poéticas—, o se habrá acabado efectivamente la Historia, aniquilada y disuelta en lo que venimos llamando *una*

sopa entrópica. Desde nuestro punto de vista, el comunismo no es concebible como aquel momento en que los protagonistas de un emocionante relato se ponen a “comer perdices”... y se acaba el cuento. ¿Quizás será que “se acaba el cuento” y *empieza la historia?*

La sombra.— Tampoco te pongas tan estupendo, que nunca se sabe.

Sastre.— Lo que sí se sabe es que nosotros no podemos rechazar los pequeños patriotismos en función de una mundialización que, definitivamente, no será sino el patriotismo de una gran potencia, constituida en Imperio. Nosotros *hemos pensado* en esto, y hemos decidido atacar críticamente las fortalezas del peor chovinismo que hay, y que es el “chovinismo de gran potencia”.

La sombra.— ¡Peligro! ¡Ojo! ¡Acabas de citar a Lenin!

Sastre.— Que avisó certeramente sobre ese tipo de chovinismos, que se imponen ocultándose —diciendo que los chovinistas *son los otros*— o bien incluso ignorándose a sí mismos como tales nacionalismos extremados y xenófobos, y que emplean sin piedad a su favor la “fuerza de un gigante” (glosando a Shakespeare) que ellos poseen en su calidad de grandes potencias, al menos relativamente hablando, para someter a su dominio a pequeñas naciones. Es la historia del colonialismo, explícito o larvado, del imperialismo en sus distintas formas y etapas. Para los doctrinarios políticos de estas empresas históricas de dominio y para sus cómplices intelectuales, los pequeños nacionalismos —hasta en su forma meramente “nacionista” y cultural— son un arcaísmo aldeano, una rebaba del pasado, una ridícula petulancia propia de esa *pequeñez*, gentecillas que se creen dignas de tener un Estado, ¡nada menos!, tan “grandes” y “mundiales” se sienten a la sombra de su pequeño campanario. Pero nosotros pensamos en la legitimidad de que los pueblos pequeños ansíen autogobernarse, y estimamos que ese deseo trabaja a favor de la variedad y, por

ende, a favor de la vida y de la riqueza espiritual. En ese sentido, cada lengua que desaparece es una catástrofe. Cada pueblo que se esfuma en la homogeneidad es una catástrofe. Cada vez que se abre un restaurante de McDonald's en Indonesia o en Arabia Saudita es una catástrofe. Pero aún más, cada vez que un congolés se toma una cocaola es un catástrofe, o, mejor dicho, *ha habido –está habiendo– una catástrofe*.

La sombra.– Pero también, cada vez que surge o resurge un nacionalismo fascista –por ejemplo, el Frente Nacional en Francia– ha habido en ese país, o está habiendo, una catástrofe intelectual y moral, que es aprovechada por el pensamiento reaccionario para bombardear la legitimidad de las reivindicaciones nacional-populares. Incluso cuando no son todavía “catástrofes”, esos movimientos neofascistas son, por lo menos, malas noticias.

Sastre.– ¡Y que lo digas! Personalmente, yo preferiría, y espero que también tú, sombra mía, que el término “nacionalismo” desapareciera del vocabulario de quienes legítimamente reivindican el autogobierno para sus pequeñas naciones; tan manchado de mierda y sangre quedó ese término después de las apropiaciones nazi-fascistas. Pero reivindicaría el concepto de Patria –o de Matria– en el sentido en que los cubanos alzaron su revolución al grito de: ¡Patria o Muerte!, frente al imperialismo norteamericano.

La sombra.– Así es que, sobre todo si tenemos en cuenta recientes reflexiones teóricas al respecto, no es preciso acudir a la metáfora de la entropía para defender la existencia de las naciones –y las reivindicaciones patrióticas– como elementos del progreso de las sociedades y del fenómeno humano en términos planetarios o globales, amenazados precisamente por la globalización de la cocaola, hoy administrada por este Bush Jr., arquetipo de lo indeseable para la dignidad humana. Las naciones como ingre-

diente del progreso, y aun de una revolución futura, se defienden solas.

Sastre.— Es lo que hace más ridículo el papel de los intelectuales como agentes de un cosmopolitismo abstracto, clamorosos en su rechazo de las fronteras y de las banderas como “residuos del pasado”, tomando de las fronteras —en su declarado humanismo progresista— lo que ellas tienen de policía, y de las banderas lo que ellas tienen de trazo, lo que oculta el fondo reaccionario de ese pensamiento cosmopolita, que de hecho trabaja a favor de lo que está pasando bajo la dirección del Imperio: la norteamericanización cultural, económica y política del planeta.

La sombra.— Así pues, los intelectuales españoles mundialistas, enemigos de las fronteras y de las banderas, “humanistas”, enemigos abstractos de la existencia de las naciones (y patriotas vergonzantes, que entran en éxtasis cuando gana el equipo de España un partido internacional), trabajan al servicio del Imperio, aunque no cobren directamente de su Fondo de Reptiles. ¿Queremos decir eso?

Sastre.— Queremos decir eso, justamente, dado que las naciones que no han dimitido de su propia existencia, son hoy baluartes de resistencia contra las operaciones mundiales del Imperio. Resistencia cultural y política contra la “cocacolonización” de sus pueblos y de sus estructuras.

La sombra.— Esas naciones, pocas, están en la base social y popular de los estados “golfos” o “delincuentes” o “canallas”, hoy amenazados por el Imperio con todo el magno aparato destructivo de que disponen. Miremos a Iraq. Miremos a la ex Yugoslavia. Miremos a Afganistán. Es un museo de los horrores, al servicio de la mundialización. Escucha, sastrecillo: ¿no empleamos demasiado la coca-cola en nuestra dialéctica?

Sastre.— No estamos solos en el uso de esta metáfora. Lee, por ejemplo, este artículo que Bernard Cassen publicó en *Le Monde diplomatique* (marzo de 1998). En él, su autor se refiere a un libro de Philippe Labarde y Bernard Maris, *¡Dios mío, qué bonita es la guerra!* (Albin Michel, París, 1998), donde se hallan opiniones como la siguiente: que la mundialización arrastra consigo simultáneamente la uniformización cultural del mundo (Coca-Cola, McDonald's, etcétera), y el aislamiento (¿o compartimentación?: *cloisonnement*) de los seres humanos, “porque el mercado mundial exige la guerra entre cada categoría socio-profesional [...], entre las ciudades (lo que es bueno para una, es malo para otra), entre las regiones, las razas y los sexos”, es decir, entre las agrupaciones de los campesinos, de los funcionarios, de los cuadros, de los jubilados, de los ciudadanos laboralmente activos, de los parados, de los negros, de las mujeres, de los jóvenes, de los camioneros; fenómeno de fragmentación ante el cual la mejor medicina sería la existencia y la actividad de las verdaderas naciones —los “nacionismos” (*sic*), si por fin se decide expulsar el término “nacionalismo”, definitivamente, del ámbito de las actividades humanas deseables—; y así las naciones, grandes y pequeñas, serían verdaderamente aglutinantes contra esa fragmentación “entrópica”, que en el libro que estamos citando, y en la lectura de Bernard Cassen (atención a los humanistas de cuatro perras para los que las naciones son calderilla del pasado), podría describirse tal como ya es visible y perceptible en el estado actual de la “mundialización”: “Inseguridad generalizada, guerra de cada uno contra cada uno (o sea, de todos contra todos), desigualdades crecientes, banalización cultural, pérdida de todos los cuadros de referencia, soledad en medio de la muchedumbre”, que, según lo que nosotros mismos observamos y observan estos autores, “es el balance provisional de la mundialización, bajo la égida del capitalismo pla-

netario y para su único provecho”, lo cual, en fin, no debería ser objeto –dada su evidencia– de discusión alguna. Ante este panorama, la nación, desde luego, no deja de ser un concepto ideológico portador de elementos peligrosos, puesto en manos de los fascistas que siempre hay; pero, “aparte de la nación, ¿qué recurso nos queda –dice Emmanuel Todd (*L’illusion économique. Essai sur la stagnation des sociétés développées*, Gallimard, París, 1998)– frente a la barbarie de la mundialización?”. En este libro suyo, Todd dice –y Cassen nos lo recuerda– cosas como estas, que yo me permito citar por extenso: “Ultraliberalismo y europeísmo, aparecidos en los años ‘80 (del siglo XX, claro está) para dominar la imaginación de los estratos superiores” y, por ende, de los intelectuales y artistas “de las sociedades occidentales, tienen en común negar la existencia de las naciones” y no digamos de las naciones sin estado, “y no definir en adelante entidades colectivas verosímiles. [...] El rechazo de la nación se expresa aquí, *hacia arriba*, por un deseo de disolverla en entidades de orden superior, ya sea Europa o el Mundo; pero también puede volverse *hacia abajo*, exigiendo entonces la fragmentación del cuerpo social”. Estamos –dice Todd refiriendo una idea de Pierre-André Taguieff (*Du front national*, París, 1997)– ante “el antinacionalismo de las elites”, ¡y ahí están los intelectuales y los artistas cortesanos!, “que conduce al completo poderío (*à la toute-puissance*) del capitalismo mundializado”.

Para Todd, “este análisis conduce [...] a ver en el librecambismo el mecanismo fundamental de la destrucción de las solidaridades y de todo sentimiento de pertenencia colectiva” (lo contrario, pues, de lo que postulan esos cosmopolitas de tertulia, que atribuyen a la existencia de una pequeña nación como Euskal Herria ser la semilla de todos los males), “falto del cual, el individuo queda aislado en su miedo” a la desaparición de todo con la pro-

pia muerte, puesto que la nación sería una especie de “estructura de eternidad”, que garantizaría “la capacidad de perpetuarse más allá de la vida individual”.

La sombra.— No sé; yo creo que un apátrida puede combatir ese miedo y descansar de tales angustias en lo que acaso sea el alcaide de la nacionalidad, la lengua.

Sastre.— Que entonces es su patria.

La sombra.— Otros y tú habéis hablado alguna vez en esos términos. Nosotros lo hicimos cuando nos vimos extrañados de España y todavía extraños en Euskadi, y solos en Burdeos. Y nos recostamos al abrigo de nuestra lengua, y descansamos en ella, como niños recién nacidos.

Sastre.— Hablando de las ideas de Todd (y no particularmente de esa de la nación como “estructura de eternidad”, consoladora y defensiva, sino de las que se refieren a las críticas al libremercado y a la “mundialización”), Bernard Cassen nos cuenta, en el artículo que estamos citando y comentando, que tales ideas han sufrido caricaturas y silencios “en la mayor parte de los media” franceses, dado que “eso —el libremercado, como credo central del ultraliberalismo— no se discute en Francia”. Y se comprende que el Poder esté interesado en que no se pongan en cuestión las bases de su estrategia mundial, a pesar de lo cual economistas sagaces e independientes ya mantienen con fuerza tesis como la que Todd formula con las siguientes palabras: “el libremercado no aumenta la riqueza global del mundo, y además constituye el principal motor del crecimiento de las desigualdades en el seno mismo de las naciones”.

La sombra.— Ya hoy también se discute en Francia —y en todas partes— sobre la mundialización, como suelen decir los franceses, o la globalización, que es el término acuñado en los EE.UU., y se

critican y denuncian sus objetivos de dominio mundial por parte del Imperio.

Sastre.— En realidad, contra la globalización en tanto que estrategia del neoliberalismo y, como dice Petras hablando en plata, o sea, claramente, *del Imperio*, el pensamiento “rojo” —¿lo decimos así?— tiene sus propias armas, que son el internacionalismo y la solidaridad. Tal es nuestro modo de entender la mundialidad de los pueblos. Nuestra globalización o mundialización —la que nosotros preconizamos y defendemos— es, pues, el internacionalismo: una noción que postula y desea y defiende la existencia y la variedad de las naciones (internacionalismo, no anacionalidad) y de las diferentes culturas, y la práctica patriótica y revolucionaria de la solidaridad social. Déjame soñar: estas han de ser, en el futuro, y en el marco de un socialismo libertario, pilares maestros de la edificación de las sociedades humanas.

La sombra.— Profético estás.

Sastre.— Pero también pensativo; y ahora doy con una noción de Martin Heidegger que me aclara a mí mismo mi propio rechazo de la “homogeneización”, aquí expresado como una base de mi aceptación de los movimientos patrióticos, de mi solidaridad con algunos de ellos, e incluso de mi entusiasmo, cuando van acompañados de propósitos revolucionarios en el orden social (izquierdas patrióticas). La he encontrado —esta noción que digo— en el libro, todavía inédito, de Montserrat Galcerán Huguet *Silencio y olvido. El pensar de Martin Heidegger durante los años '30*; y es la de *Gleichschaltung*, que expresaba una apuesta heideggeriana y “nacionalsocialista” (*nazi*) por la unificación (homogeneización) de las instituciones alemanas, al servicio del propósito político nacionalsocialista. Frente a tal ideología se refuerza el pensamiento que postula la diversidad y la diferencia, en términos “nacionales” u otros. El nacionalismo *nazi* fue una de las enfer-

medades más graves que ha sufrido el patriotismo como actitud humana ante –contra– las opresiones de la historia.

La sombra.– Nosotros escribimos sobre *Guillermo Tell*.

Sastre.– Es un buen ejemplo mítico; pero volvamos al nazismo, cuya organización presentaba una doble *facie*: 1) la de una defensa nacionalista de lo germano como una entidad diferente (nacional) y superior, en tanto que raza y que lengua (¡con la alemana sólo podría compararse la griega!), a la de las demás culturas; y 2) la de una afirmación caudillista de la unidad interior de las instituciones alemanas –¡una nación!–, análoga a aquella que impusieron los Reyes Católicos bajo el lema de que la unidad hace la fuerza y de que “la lengua es compañera del Imperio”, que se debe a un gramático, Antonio de Nebrija, que no por eso dejó de tener sus problemas y de sufrir sus persecuciones. Precisamente, el patriotismo legítimo de las pequeñas naciones, administradas por otras más grandes y poderosas, se ve reducido a mínimas expresiones (cuando no aniquilado), en el marco de los nacionalismos chovinistas de la gran potencia que se reafirma sobre la homogeneización de los territorios sometidos a su imperio administrativo, e imputado –oh, paradoja– de *nazismo*, tratándose en verdad de legítimos patriotismos de pequeñas naciones que tratan de liberarse de las opresiones que sufren.

La sombra.– Hay, pues, nacionalismos y nacionalismos, aunque eso no sea mucho decir.

Sastre.– Es bastante decir; y no es una obviedad sino que apunta al diagnóstico de las enfermedades del patriotismo, a saber: 1) el chovinismo (más pernicioso en las grandes naciones, pero también detestable en las pequeñas); 2) el nacionalismo propio de los fascismos (fascistas, nazis, falangistas, etcétera), que apunta a una rígida homogeneización (*Gleichschaltung*) interior para exal-

tar la fuerza exterior como potencia respetada y hasta temible –*¡España Una!*– en el mundo; 3) el Imperialismo de las grandes potencias o propiamente dicho: afirmaciones hipernacionalistas, mantenidas con frecuencia por regímenes formalmente democráticos, cuyo nacionalismo funciona “hacia el mundo exterior”, y, en el interior, admiten ciertas complejidades o autonomías administrativas locales, de tal modo que el conjunto *es*, por ejemplo, *¡América!* (Es el gran “patriotismo norteamericano”, plagado de banderitas con barras y estrellas y de manos sobre el corazón y lágrimas ante el himno de la Unión). En cuanto a su “actitud hacia el exterior”, como decíamos, recuérdese la apología por los norteamericanos de lo que llamaron su “Destino Manifiesto”, en otro momento histórico, y que condujo al genocidio de las poblaciones indígenas y a la ocupación de extensos territorios (un ejemplo cualquiera: el de Texas, y el “patriotismo texano” fabricado al respecto, en una generación, como una etapa necesaria para la incorporación de la inventada República de la Estrella Solitaria a, naturalmente, *¡la Unión!*). Hoy es el llamado Nuevo Orden Mundial, como vehículo político-militar del “Modo de Vida Americano”, óptimo, indiscutible y deseable para el conjunto del planeta. Imperialismo es un término que se puede barajar, históricamente, con los de colonialismo y neocolonialismo, siendo este último una de las formas no declaradas –aunque muy visibles– de las dominaciones a que han sido sometidas, a lo largo de la historia, grandes áreas del mundo.

La sombra.– Yo entiendo que los patriotismos, incluso los más legítimos, comportan siempre una tensión entre el gozo y el sufrimiento, entre el amor y el odio, y que algún día (utópico) esto dejará de ser así, cuando deje de tener sentido el carácter “militante” de los patriotismos que podríamos llamar de liberación (*¡Patria o Muerte!*). Ese día utópico, el componente militante –y hasta guerrero– del patriotismo ya no será necesario, y eso indi-

cará, por sí solo y elocuentemente, que ya vivimos –viven, quienes vivan entonces– en una sociedad realmente nueva.

Sastre.– Has dicho bien; y la Patria será entonces la casa indiscutible de cada uno, establecida, edificada, en un territorio de libertad y de justicia (o sea, de paz), y tendrá que ver con el lenguaje y con la tierra.

La sombra.– El lugar que se halla a la vuelta de nuestros viajes –¿Ítaca?–, y en el que uno se encuentra bien en su casita y a resguardo del ogro; allá donde uno se quita los zapatos, y saluda al tabernero por su nombre; allá donde uno acaricia a su perro; allá donde uno reconoce su lugar aunque haya nacido en otro.

Sastre.– Pero también la patria será entonces, sin necesidad de reivindicarla patéticamente con la voz de los inmigrantes sin techo, todo lugar hasta entonces extraño en el que un día nos paramos –¡aquel *paraje!*–, y que, al mirarlo, se nos hace tan familiar que nos impulsa a exclamar de pronto, con el corazón en la mano: ¡Qué bien se está aquí!, como suspiraron aquellos discípulos del Evangelio, que propusieron elevar en el Monte Tabor su tienda para siempre. Aquel lugar será la tierra de cada cual que así lo decida; será su propia patria, adoptada ceremonialmente en el mismo acto de la feliz exclamación.

La sombra.– Es bello eso del Monte Tabor. Ya lo hemos citado en otros momentos. (*Pensativa*) No sé, no sé. A mí me parece que todavía es posible aclarar un poco, en términos teóricos, esta paradoja de los fascismos, en el sentido de que son movimientos, a la vez, altamente nacionalistas y furibundamente antinacionalistas.

Sastre.– En realidad no hay tal paradoja sino que es una obviedad, puesto que todo nacionalismo extremado es, naturalmente, por su propia esencia, a la par, afirmador y exaltador de la nacionalidad propia, y negador o vituperador de las ajenas, en distintas formas y con diferentes matices. ¿Estamos en ello?

La sombra.– Sí.

Sastre.— Y lo estamos porque vemos que los fascismos en general son (y el nazismo en particular lo fue, ario-germano) movimientos patrióticos que, o bien niegan la existencia de otras naciones, sobre todo las pequeñas y sin Estado, o bien acusan de malicia y perversidad a aquellas cuya existencia admiten, ya tengan Estado —como el nacionalismo francés cuando atacaba, despreciaba y vituperaba a *los boches*¹—, ya no lo tengan, como el nazismo cuando trató de extirpar la *nación judía*, anteriormente a la existencia del Estado de Israel.

La sombra.— Así yo entiendo —¿y tú?— que los fascismos en general niegan sobre todo la existencia de naciones en el interior de las fronteras políticas que delimitan los territorios administrados por el Estado fascista (o nacionalsocialista), concebido este como la expresión política de una Unidad Nacional; y proclaman, tremolando su gran bandera, su propia existencia como Nación (Estado-nación) diferente de todas las exteriores y mejor que ellas.

Sastre.— Homogeneidad para el interior, heterogeneidad hacia el exterior.

La sombra.— Ciertamente. Es un Estado que afirma su propia homogeneidad “nacional” —la uniformidad de su interior—, su “unidad metafísica”.

Sastre.— José Antonio Primo de Rivera, el fundador de la Falange Española, afirmaba y exaltaba “la eterna metafísica de España”, aunque también matizó su idea definiendo España como una “unidad de destino en lo universal”.

La sombra.— En todo caso, una “vocación de Imperio”, frente a un exterior vivido como enemigo y amenazante, o como incivilizado y colonizable.

1 Nota de la E.: apodo dado a los alemanes en la jerga popular francesa.

Sastre.— En cualquier caso, el exterior es mirado con una agresiva gallardía.

La sombra.— Superioridad, racismo, xenofobia.

Sastre.— Exaltación “patriótica” de los propios valores contra las otras naciones, tanto exteriores —*Algérie française!*— como interiores —*El País Vasco es España!*—, y ello conduce a la perpetuación de problemas que de otro modo se resolverían de un modo razonable.

La sombra.— Las consecuencias de estas confrontaciones son, a veces, terriblemente trágicas.

Sastre.— Tal fue el caso del nacional socialismo, sistema cuya “homogeneización” del interior se produjo en términos de “solución final”, mediante los hornos crematorios; y la del exterior en los de ocupación y conquista (como la incorporación de Austria al III Reich).

La sombra.— ¿Y acabamos aquí? Yo te pedí que hablaras, y ahora te invito al silencio.

Sastre.— ¿Cómo empezó la cosa?

La sombra.— Apropiándome yo de unas líneas de *El viajero y su sombra*, de Nietzsche.

Sastre.— Cierto.

La sombra.— “Hace mucho tiempo que no te oigo hablar; ahora te ofrezco la ocasión para que rompas ese silencio tuyo”.

Sastre.— Y roto está. Sólo que aún quedan algunos flecos muy visibles, por aquí, revoloteando, porque no hemos definido, ni malamente, a los intelectuales y a los artistas, objeto de nuestra reflexión, ¿y para qué dejarlo así, como si eso fuera tan difícil? Gramsci lo dijo muy bien y muy sencillo: que intelectuales son todos los seres humanos, y que cuando hablamos de intelectua-

les en su sentido particular nos referimos a la función específica que algunas personas cumplen en la sociedad.

La sombra.— ¿La función de pensar? ¿Todas las personas piensan pero algunas se dedican a eso?

Sastre.— Es lo que dice Gramsci, para en otro momento referirse a aquellos que piensan orgánicamente, al servicio de un partido o del Estado. Yo lo diría con otras palabras; pero es lo mismo.

La sombra.— ¿Entonces?

Sastre.— Los intelectuales son los profesionales de la opinión (y actúan como creadores de opinión), de la crítica (y son críticos sociales) y de la exploración de la realidad por medio de la inteligencia y de la experiencia organizada para eso (y son filósofos y científicos).

La sombra.— ¿Y los artistas? Quiero decir: los escritores de ficciones, los dramaturgos, los músicos, los pintores, etcétera.

Sastre.— Ellos son —somos— profesionales de la sensibilidad. Así de sencillo. Pero también capaces de comprometer su obra —nuestra obra— en una lucha política, revolucionaria.

La sombra.— Expresión en desuso: los escritores *engagés* del siglo pasado.

Sastre.— Es igual la palabra. ¿Valdría “implicados”? Pon la que quieras y vincula tu obra a un proyecto utópico. Eso es todo.

La sombra.— Estoy pensando en lo que has dicho. La inteligencia de los intelectuales. La sensibilidad de los artistas. ¿Pero los intelectuales también son sensibles y los artistas también son inteligentes!

Sastre.— Sí, sí, claro, pero como todo el mundo.

La sombra.— Creadores de opinión, dices. Pero ahora la opinión se crea en los laboratorios del sistema.

Sastre.— Por los intelectuales orgánicos del neoliberalismo; es cierto.

La sombra.— Vivimos en un momento bajo de la inteligencia y de la sensibilidad.

Sastre.— También es cierto. Un momento de gran degradación, en el que muchos intelectuales y artistas se agrupan bajo las banderas del partido que hay en el gobierno y se instalan tan ricamente en el pensamiento único, diciéndose, sin embargo, independientes. Esa es una de sus mentiras. Son monótonos. Dicen siempre lo mismo y todos por igual, “a la mayor gloria de la democracia”. Forman una sopa “humanista” casi repugnante. Es la sopa de la hipocresía y del oportunismo.

La sombra.— Es verdad, maestro. Según el botón que les toques replican como maquinitas que “vivimos en un estado democrático de derecho”, que “España es una e indivisible, y que cualquier otro proyecto es una idiotez antigua”; que “la policía y la Guardia Civil tratan con extremada cortesía a sus detenidos” (que luego, extrañamente, acaban en el hospital), y que “sólo los terroristas dicen lo contrario”. Etcétera.

Sastre.— Pero también hemos aprendido una cosa.

La sombra.— Dila.

Sastre.— Que era una mentira que la inteligencia y la sensibilidad fueran patrimonio de la izquierda.

La sombra.— Nosotros lo sabíamos desde siempre. Sabíamos desde siempre que Balzac era monárquico, y que Céline y Pound trabajaron para el nazismo y el fascismo, y que Chesterton y Claudel eran católicos y políticamente conservadores. La derecha siempre ha tenido sus artistas que la izquierda ha ignorado.

Sastre.— Nosotros, en este diálogo, nos interpelamos a nosotros mismos y a quienes todavía se dicen *de izquierda*; que, por cierto, es una noción a discutir en otro momento. Pero ha de constar que, contra lo que pensaban los falangistas y los fascistas en general, *hay derechas e izquierdas*, aunque actualmente el

campo de la izquierda haya quedado tan reducido que en ocasiones parezca inexistente.

La sombra.— ¿Pues cómo definiríamos hoy lo que es *un intelectual de izquierda*?

Sastre.— Intelectuales y artistas de izquierda son hoy quienes estén dispuestos a suscribir un manifiesto (o algo así) contra el silencio de los corderos, sobre las siguientes bases, más o menos: por la desobediencia civil hasta el grado de la sedición; por una utopía revolucionaria, libertaria y socialista; por que, algún día, sea una realidad aquello de: de cada uno según su capacidad; a cada uno, según sus necesidades (o sea, el comunismo, la sociedad sin clases).

La sombra.— ¡Hay que soñar!

Sastre.— Habrá que pensar, sobre todo, en la diferencia que hay entre hacer un gesto visible, más o menos ampuloso, y volverse a su casa, y la decisión de salir valerosamente a la calle, a pelear. Chomsky dijo en algún momento la diferencia que hubo, por ejemplo, entre Einstein y Russell; aquel firmaba por la paz, y eso era todo (el pacifismo); este salía a luchar y se pringaba en la lucha. Por eso aquel siguió gozando siempre de su gran prestigio, intocable, y este fue objeto de los más fuertes y perversos ataques. Aquel era un anciano glorioso. Este, un viejo gagá.

La sombra.— (ríe) ¿Fue así?

Sastre.— (ríe también) O poco menos.

La sombra.— Está bien; y ahora volvamos a nuestra tarea cotidiana, que es continuar escribiendo —que continúes escribiendo— nuestra obra *Imaginación, retórica y utopía*.

Sastre.— Allá vamos; y agradezcamos a la vida el poder hacerlo en medio de este paraíso que es la Bahía de Txingudi, y en este querido país, que es Euskal Herria.

La sombra.— Rebelémonos, pues, cada día y a cada momento contra este talón de hierro que ha afianzado su dictadura mundial después del 11 de septiembre pasado.

Sastre.— En cuanto a nuestros pequeños enemigos, ¿qué decir? Acaso adelantar, como primicia, un pequeño pasaje de nuestro también pequeño drama *Alfonso Sastre se suicida*, con el que hemos declarado finalizada nuestra obra dramática; son las últimas palabras de esta obrita, en la que un Viajero se despide de la recepcionista de un hotel, Camelia, después de *no haberse suicidado*, incumpliendo su propósito de hacerlo en aquella ciudad, famosa por sus buenos lugares —puentes, acantilados— para un buen suicidio. He aquí este diálogo:

Camelia.— Venga alguna vez por aquí.

Viajero.— Lo haré. Bueno, y ahora voy a seguir viviendo hasta que llegue mi muerte natural; y mis enemigos, que se jodan, caramba. ¡Oh, nobles gentes! ¡Oh, corazones magnánimos! Yo os saludo desde aquí y os deseo el más incómodo de los catres en la más desagradable sala de tiñosos de cualquier hospital.

Camelia.— Es un final muy duro.

Viajero.— Pero no es mío. Es de Pío Baroja, y lo escribió para sus propios enemigos; y, desde luego, es muy buen final.

25 de enero-3 de febrero de 2002